

LOS DOS SACRIFICIOS DE LA IGLESIA

Audiencia general del miércoles 30 de julio

1 Es la cuarta vez que escuchamos, durante estas reflexiones nuestras sobre la liturgia de Laudes, la proclamación del Salmo 50, el célebre *Miserere*. En efecto, éste vuelve a proponerse cada viernes para que se convierta en oasis de meditación en el que descubramos el mal que anida en nuestra conciencia y pidamos al Señor purificación y perdón. Y es que —como confiesa el Salmista en otra súplica— «ningún hombre vivo es inocente frente a ti», Señor (Sal 142, 2). Léese en el Libro de Job: «¿Cómo un hombre será justo ante Dios? / ¿cómo puro el nacido de mujer? / Si ni la luna misma tiene brillo, / ni las estrellas son puras a sus ojos, / ¡cuánto menos un hombre, esa gusanera, / un hijo de hombre, ese gusano!» (25, 4-6).

Frasas duras y dramáticas éstas, que pretenden mostrar en toda su seriedad y gravedad el límite y la fragilidad de la humana criatura, su capacidad perversa de sembrar mal y violencia, impureza y mentira. Sin embargo, el mensaje de esperanza del *Miserere*, que el Salterio pone en boca de David, pecador convertido, es el siguiente: Dios puede «borrar, lavar, limpiar» la culpa confesada con corazón contrito (cf. Sal 50, 2-3). Dice el Señor por mediación de Isaías: «Aunque sean vuestros pecados como púrpura, / blanquearán como nieve; / aunque sean rojos como escarlata, / quedarán como lana» (1, 18).

2 Esta vez examinaremos con detenimiento el final del Salmo 50, final lleno de esperanza, ya que el orante es consciente de haber sido perdonado por Dios (cf. vv. 17-21). Su boca está a punto ya de proclamar al mundo la alabanza del Señor, dando fe con ello de la alegría que experimenta el alma purificada del mal y libre, por ende, de remordimiento (cf. v. 17).

El orante atestigua tajantemente otra convicción, enlazándose con la enseñanza reiterada de los Profetas (cf. Is 1, 10-17; Am 5, 21-25; Os 6, 6): el sacrificio más grato, que asciende a Dios como perfume

y fragancia suave (cf. Gn 8, 21), no es el holocausto de toros y corderos, sino más bien el «corazón quebrantado y humillado» (Sal 50, 19).

La Imitación de Cristo, texto tan querido por la tradición espiritual cristiana, repite la misma admonición del Salmista: «Tú aceptas el sacrificio del arrepentimiento humilde de los pecadores que perfuma en tu presencia más suavemente que el incienso [...] Allí se corrige y limpia lo que en otra parte se desvió y manchó» (III, 52, 4).

3 Se concluye el Salmo de forma inesperada con una perspectiva completamente distinta, que diríase incluso contradictoria (cf. vv. 20-21). De la última súplica de un individuo pecador se pasa a una oración por la reconstrucción de toda la ciudad de Jerusalén, lo que nos traslada de la época de David a la de la destrucción de la ciudad, siglos después. Por otra parte, tras expresar en el versículo 18 el rechazo divino a la inmolación de animales, el Salmo anuncia en el versículo 21 que Dios aceptará dichos sacrificios.

Resulta patente que este pasaje final es un añadido, redactado en tiempos del exilio, que pretende, en cierto sentido, corregir o cuando menos completar la perspectiva del salmo davidico. Y ello siguiendo dos directrices: por un lado, no se quería restringir el Salmo a una oración individual; había que pensar también en la lastimosa situación de toda la ciudad. Por otra parte, se quería redimensionar el rechazo divino a los sacrificios rituales, rechazo que no podía ser ni completo ni definitivo, ya que se trataba de un culto que el mismo Dios había prescrito en la Torá. Quien completó el Salmo tuvo una intuición válida: entendió la necesidad en la que se encuentran los pecadores, la necesidad de una mediación sacrificial. Los pecadores no están en condiciones de purificarse por sí solos; no resultan suficientes sus buenos sentimientos. Es menester una mediación externa eficaz. El Nuevo

Testamento revelará el sentido pleno de esta intuición al mostrar que, con la ofrenda de su vida, Cristo realizó una mediación sacrificial perfecta.

4 En sus Homilias sobre Ezequiel, San Gregorio Magno captó cabalmente la diferencia de perspectiva existente entre los versículos 19 y 21 del *Miserere*. Y propone una interpretación de la misma que también podemos acoger y con la que concluirá nuestra reflexión. San Gregorio aplica el versículo 19, que habla de espíritu quebrantado, a la existencia terrenal de la Iglesia, y el 21, que habla de holocaustos, a la Iglesia celestial.

Estas son las palabras de aquel gran Pontífice: «La Santa Iglesia tiene dos vidas: una que lleva adelante en el tiempo, otra que eternamente recibe; una con la que se afana en la tierra, otra que recibe recompensa en el cielo; una con la que cosecha méritos, otra que goza ya de los méritos cosechados. Y en una y en otra vida ofrece el sacrificio: aquí el sacrificio de la compunción y allá arriba el sacrificio de alabanza. Dicese del primer sacrificio: "Un corazón quebrantado y humillado, / tú no los desprecias" (Sal 50, 19); del segundo escrito está: "Entonces aceptarás los sacrificios rituales, / ofrendas y holocaustos" (Sal 50, 21) [...] Ofrecense en ambos las carnes, ya que aquí la oblación de la carne es la mortificación del cuerpo, mientras que allá arriba la oblación de la carne es la gloria de la resurrección en la alabanza a Dios. Allá arriba se ofrecerá la carne como holocausto, cuando, una vez transformada en la incorruptibilidad eterna, no habrá ya conflicto alguno ni habrá nada mortal, ya que perdurará toda entera abrasada en amor por él, en la alabanza sin fin» (*Omélie su Ezechiele/2*, Roma 1993, pág. 271). ☒

(Original italiano procedente del archivo informático de la Santa Sede; traducción de ECCLESIA.)